

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 7 de Junio de 1917.

Número 23.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Rosario de Acuña, la merecedora de todos los respetos por mujer y señora y de todas las admiraciones por digna, inteligente, culta y abnegada, dejó la aldea asturiana donde vive y vino al mitin celebrado el día 27 del mes último, dispensándome el honor de escribir el día antes de marcharse el siguiente notable artículo para EL MOTÍN:

Ráfagas de huracán

El sol esplendente en un cielo azul, diáfano, caldeaba el redondel de la Plaza de Toros de Madrid. Era el 27 de Mayo de 1917, tercer año de la Revolución del Mundo, llamada guerra europea.

Todo el coso se iba llenando de gentes que trepaban por los tendidos y gradas, andanadas y palcos, y cuajaban el redondel que, hasta la misma barrera, estaba lleno de sillas. Sobre el toril, ese toril blasón de la crueldad, de la brutalidad y el salvajismo de la patria, se alzaba un tablado amplio, gualdrapéado con el oro y la sangre de la bandera española, acaso la única vez en su sitio, puesto que tapaba aquel escarnecedor encerradero de fieras.

¡Un tablado...! El solio de las picotas, de las coronaciones, de las retractaciones, de las calificaciones, de los apostolados, de los polichinelas, de los embaucadores, de los verdugos y de las víctimas, de los escarnecidos y de los exaltados... El solio á donde quieren subir todos los hombres y todas las mujeres, todas las castas, todas las razas, para revestirse en él de poderes, de mandos, de dominio, y donde, á veces, suben hombres, mujeres, castas y razas, verdugos y víctimas, para ser arrojados en pedazos á los pueblos por ellos envilecidos ó escarnecidos.

Aquel tablado brillaba al sol como un rubí engastado en un aro de hierro.

El barandal de la andanada se salpicaba con cartelones blancos, con letreros muy pequeños; parecían tener miedo de mostrar, con letras grandes, el recuerdo sangriento de nuestros marinos destrozados por la metralla, sumergidos en el Océano ennegrecido por el humo de las bombas; no surgían los signos grandes, abarcadores de todo el redondel, señalando á nuestras pobres naves, esmirriado patrimonio de nuestra raquítica potencialidad marítima, pero que llevaba cada uno un pedazo vivo del alma española.

Por acá y por allá, en la baranda, surgían banderas rojas, venidas del Oeste, del Sur, del Este y el Norte; notas agudas de valor y energía, que andan solitarias en villas y aldeas, sin cohesión, sin ideal determinado; queriendo ir, sin saber á dónde; sin fin preconcebido, como toda obra humana ha de tenerle; sin el aliento de firme voluntad que el poeta pedía para su espíritu... las banderas no flameaban, se estaban quietecttas, allá arriba, mientras los que cobijaba su sombra se miraban recelosos, murmurando rencorillos y envidiejas... (las grandes envidias no son negativas), enemistades de viejas, que, cuando se enrabian, no hacen otra cosa que echar escupitinajos por las desdentadas encías...

Sonó el clarín... digo, no; se agitó un pañuelo que parecía un vilano de Agosto volando, indeciso, sobre un campo de amapolas.

Una mesnada de jóvenes, muy jóvenes, andaba de acá para allá componiendo desafueros de impaciencia; parecían ser jóvenes valientes, fuertes, decididos; resultaban profundamente simpáticos, hondamente estimables. ¿Traerán algo dentro? ¿Podremos decir á las jóvenes patriotas que empiecen á tejer ya coronas de laurel y mirto?...

En la muchedumbre de la Plaza, que rugía, se hizo un silencio de cementerio... Había muchas mujeres, pero callaban también. A pesar del destino á que la mayoría de los hombres españoles (mucho más eunucos PER SE que PER ACCIDENS) condenan á las mujeres, que es á ser *amas de llaves*, *amas de curas*, *amas de peripatéticas*, y *amas de cría*, aquellas de la Plaza supieron callar en el momento solemne poniendo á tono sus almitas de *mitad de la especie humana* á donde las lleva su destino secular, no circunstancial, de racionales, y á donde las dejará instaladas definitivamente la Nueva Edad de la Humanidad, que ya clarea.

Todo era silencio y calma; del tablado brotaban palabras, palabras y palabras... Las primeras salidas de aquella altura, brotaban del corazón limpias, seguras, como aliento de un cerebro no perturbado por remordimientos ni por ambiciones..., después...

Debajo del tablado, en otro campo rojo, formado por mesas, se agitaban ma-

nos, trazando aquellas palabras que surgían arriba, y que llevaría más tarde el papel á todos los ámbitos; aquellas manos del tecnicismo de un arte admirable, eran servidoras de otro arte, admirable también, el arte de sobrenadar, por encima de las espumas de todas las podredumbres, con la ropa seca, la carne inficcionada y llevando la corrupción hasta el último rincón de la patria.

Las palabras seguían sonando. De pronto se oyó un rumor; los pliegues de las banderas se agitaron; la bandera española, clavada encima, como debe estar siempre, de todos los palcos presidenciales, se extendió rígida, como plancha de acero dispuesta al aplastamiento... Un remolino con vaho de *simoun* y respiración de galería se metió en el redondel.

¿De dónde venía?... De allá, del mar jónico, de la cima latina, donde se revuelve la libertad contra uno de esos tiranuelos que la estultez de los pueblos tolera por amos; aquel aire atravesaba todo el Mediterráneo, recogía ecos de la *Marsellesa* del 93, y acordes del himno de Garibaldi; traía también los crujidos del bambolear del cimborrio del Vaticano, cuya vida debe estar ya contada en el reloj del Destino.

Por el Sur venía aire de Africa, de Marruecos... del Barranco del Lobo... Traía gritos de dolor y maldiciones. Por el Norte soplabla otra ola de tempestad; la empujaba el vigor de unas razas puestas en pie hacia la socialización de la tierra, la equivalencia de derechos y deberes entre las mujeres y los hombres, el acabamiento de todo poder dictatorial (responsable ó no), de todas las dinastías; el grande, avasallador impulso de las ciencias positivas con su METAFISICA DE LA RAZÓN que ha de levantar á la especie humana á un plano superior, en donde empezará á esbozarse la super-humanidad de los remotos futuros siglos... aire saturado de las más extensas, intensas, é inagotables fecundidades de progreso y justicia. Y de allá, de la rivera opuesta del Atlántico, del Oeste, venían los sacudimientos arrastrando una gigantesca evolución del materialismo al espiritualismo, evolución que, al pasar sobre Portugal, parecía recoger, de sus paradisíacos vergeles, el alentar divino de la raza Ibérica, cuya enseña levantan hoy los lusitanos; y estos soplos enardecedores, venían á cambiar la vida por la *gamella*, en la vida por la *libertad*, por la *paz*, por la *ciencia*, por la *conciencia* y por el *amor*; desmenuzando el odio, para siempre, en el sombrío ayer de la ancestralidad.

Banderas y muchedumbre se agitaron estremecidas... Del tablado seguían saliendo palabras y palabras. De gradas á tendidos, de palcos á redondel, las corrientes telúricas iban dejando caldeadas las mentes, rebosantes de sangre los corazones, sacudidas las médulas, tembladoras las bocas que gritaban alaridos esperanzados y apóstrofes exterminadores... La multitud rugía, las banderas fla-

meaban con llamaradas de incendio, como si quisieran escaparse de las manos débiles, torpes ó egoístas que las sujetaban.

Los letreros, que, como piedras de sarcófago, ostentaban los nombres de nuestros pobres barcos destrozados, de nuestros nobles marinos muertos, querían volar y desahirse de su atadura férrea é ir, á impulso de los encontrados vientos, para que el mundo entero pusiera sobre la memoria de nuestros mártires una ofrenda digna y merecida.

Por un momento, mientras las ráfagas del huracán rodaron entre la muchedumbre, España perteneció á Europa; sobre ella soplaban la renovación, la liberación, la expiación, la dignificación, el engrandecimiento, la reconquista de sí misma hacia los altos destinos suyos de Madre de pueblos, de razas, de civilizaciones... Allí en el tablado seguían sonando palabras... palabras...

Las ráfagas del huracán pasaron; las mancs y los pies se tendieron hacia las argollas; las mujeres volvieron á charlar insustancialmente; los hombres arrollaron sus banderas para seguir en la cominería femenil del *más eres tú*...

Los picadores de la corrida de la tarde ya estaban en el patio de caballos, los únicos racionales de la fiesta taurina después del toro... y la abulia, el amodorramiento, la estultez, la vanidad, el envilecimiento y la cobardía, padres y madres de las traiciones, las prevaricaciones, los endiosamientos, y los personalismos, volvieron á su cauce como si no hubieran pasado sobre la Plaza ráfagas de huracán.

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA
Madrid, 29 Abril 1917.

Asamblea Nacional Republicana

Si dijera que había quedado completamente satisfecho de lo acordado en ella, faltaría á la verdad; como tampoco la servía, si indicase que no estoy conforme con lo más importante que de ella ha salido: el pacto regional.

Sigo creyendo que no ha sido este el momento oportuno para convocarla, pero comprendo que puede tener gran transcendencia lo acordado, á pesar de no haberse fundido en un partido todas las fracciones, si los acuerdos tomados se practican con voluntad, constancia y energía.

Es una cuña que puede, recibiendo constantes y fuertes martillazos, ir deshaciendo poco á poco las fracciones que impiden la unión de todos, tan deseada como indispensable para intentar la acción decisiva.

Las primeras elecciones de diputados á Cortes que haya, decidirán si la Asamblea recientemente celebrada ha sido un conato más de buenos deseos, ó una nueva prueba de que no hay manera de entendernos en todo, para todo, y definitivamente.

EJEMPLO QUE IMITAR

Hace tiempo que se comentaba la falta de la *interior satisfacción* en

el Ejército, lo cual no me extrañaba, pues esa *falta* la siente todo español; pero no podía suponer que el arma de Infantería, calladamente, hubiera organizado una Junta de Defensa para que esa *interior satisfacción* volviera á anidar en el pecho de nuestros oficiales. Y no podía suponerlo, porque siempre había oído asegurar la imposibilidad de realizar la unión en arma tan numerosa. El milagro se ha realizado. Recientes acontecimientos así lo han evidenciado y yo no puedo por menos de aplaudir á esa Junta, si su programa es el que dicen: anular el caciquismo militar que prodiga á su gusto recompensas y destinos; no consentir se tenga indotada al arma de cuanto le es necesario para responder debidamente cuando la Patria lo exija; abominar del *morir con honra*, que tantos desastres ha traído, y querer *vivir sin vilipendio*... En suma: un programa total de regeneración mantenido virilmente.

Todo esto me regocija y llena de esperanzas, porque hace mucho tiempo que yo no aplaudo movimientos tan simpáticos y esperanzadores. ¿Por qué no imitar á los infantes el partido republicano y crear una Junta de defensa análoga? Dicen que sólo tienen cabida en dicha organización hasta coronel inclusive. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo, descontando al *generalato* de todos los patidillos? Aprendamos, correligionarios, y hagamos votos porque esa Junta perdure y á su ejemplo surjan otras y otras, y todas, conjuntamente, realicen la salvación de España.

La revolución rusa

A pesar de todos los manejos de Alemania, en combinación con los reaccionarios del que fué despótico imperio, sigue desarrollándose y oponiéndose á hacer una paz separada. Esto prueba que cuando el Pueblo y el Ejército se compenetran, no hay institución que resista su empuje.

Y esta opinión es antigua en mí. Véase en confirmación de ello lo que escribí al final de mi discutido folleto *La dictadura republicana*:

«RESUMIENDO

De todo lo dicho anteriormente, resulta:

Que los gobiernos de la Monarquía están corrompidos.

Que los republicanos no cumplimos con nuestro deber.

Que el Parlamento es una comedia y una inmoralidad.

Que el trabajador se muere de hambre ó emigra.

Que la clase media vive en la miseria, engendradora de prostituciones.

Que el caciquismo se impone en

todos los terrenos, en el político, en el administrativo, y, lo que es más grave, en el judicial.

Y que se van, por consecuencia de todo eso, borrando hasta las huellas de que aquí hubo honor, coraje y patriotismo.

¿Podemos continuar mucho tiempo de este modo? No.

¿Urge remediarlo? Sí.

¿Puede la Monarquía, sostenida por los que á tal estado nos han traído, impedir estos males? No.

¿Podría la República, aplicando desde luego en toda su pureza la democracia, limpiar, sanear y purificar este gran establo de Augías? No.

¿Pues qué otro recurso nos queda sino el de acudir á un dictador que aplique inexorablemente la ley cuando esté de acuerdo con la justicia y prescindir de ella cuando no marchen al unísono, hasta que, normalizada la vida nacional en todos los órdenes y aspectos, pueda entrar en funciones la democracia, sin los riesgos que ahora correría?

Abeo á todos los hombres de buena fe, sin distinción de partidos, y que pongan sobre sus pasiones é intereses la salvación de España.

ESLABÓN Y PEDERNAL

Vive el partido republicano, como cualquier monárquico, dentro de una porción de mentiras; mentiras que, á puro repetirlas, hemos llegado nosotros mismos á creerlas. Y hora es ya que esto acabe.

Una de esas mentiras es la de que podemos nosotros solos traer la República y conservarla. Aun cuando lo primero ocurriese por causas fortuitas, lo segundo sería absolutamente imposible. Sin la adhesión franca y completa de una gran parte del Ejército no podríamos hacer nada ni cimentar nada. Como él tampoco podría hacer nada provechoso ni estable sin el Pueblo.

Aquí de la fábula de Iriarte:

Al eslabón de cruel
trató el pedernal un día
porque á menudo le hería
para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
al separarse los dos,
«quedáos, dijo, con Dios;
¿valéis vos algo sin mí?»
Y el otro responde: «Sí,
lo que sin mí valéis vos.»

No lo olviden ni el Pueblo ni el Ejército. Se necesitan mutuamente. Si el primero trajere por azar la República, no podría sostenerla sin el segundo.

Si el segundo diera un golpe de Estado absolutista, no podría sostenerlo, porque no le ayudaría el primero.

Para que brote la chispa en la regeneración de España, tienen ambos que ponerse en perfecto, leal y duradero contacto.

LOS MILITARES

Ni los solicito, ni los llamo, ni los ofendo ofreciéndoles mejorarse las condiciones económicas para atraerlos, como otros hacen. Únicamente les digo:

Si creéis un día que el patriotismo os señala un derrotero, y á él os lanzáis, contad con que influiré cuanto pueda con los correligionarios que en mí confían, para que os ayuden y os secunden.»

Han transcurrido doce años desde que publiqué el folleto, y cada vez estoy más aferrado á las ideas que en él expuse.

DON FRANCISCO CASTELL

Ha muerto este hombre que honraba y enaltecía al partido republicano como el que más.

Médico, licenciado en Farmacia, catedrático en la facultad de Ciencias, y fundador del notable periódico *El Mercantil Valenciano*, del que fué redactor é inspirador constante, ha muerto honrado, digno y fiel á sus convicciones, cual vivió.

Merecía como pocos, por lo que trabajó, y por la fe y el entusiasmo con que defendió sus ideales, haber visto restablecida la República.

Este artículo, como otros que van en este número, debieron salir en el anterior, mas no por esto ha perdido su oportunidad.

Al contrario, la tiene mayor, por no haber vuelto la Prensa á insistir en el asunto.

Caridad envenenada

Doscientas personas se encuentran todavía bajo los efectos explosivos de una sopa repartida á los necesitados en el convento de Chamartín. Los padres jesuitas, con una bondad de intención que nadie les discute, socorren todos los días á los pobres con cierto condumio, muy modesto, sí, pero casi nunca envenenado. Admirable es el propósito. Pero dejemos de mirar la intención y vamos á mirar la sopa.

La del día de autos (el lunes), se componía — ó se descomponía, que esto ya lo dirá el Laboratorio si quiere y puede —, de trozos de carne gorda, y merluza, y de patatas fritas, náufrago todo ello en un mar de «caldo» para usar la nomenclatura conventual. La sola lectura de semejante receta culinaria, enseña al menos escrupuloso que Jehová, al hacer la clasificación que hizo de comidas inmundas, no conocía ni sospechaba siquiera en su sabiduría infinita la sopa de los padres de Chamartín. Pero todo eso no es bastante para produ-

cir muerte instantánea, y el lunes, 21, de los 200 infelices que probaron la sopa, una mujer entregó su alma á Dios, y los demás estuvieron á punto; trastornos que, según testimonio de los propios comensales, exceden á lo acostumbrado.

Un Padre, muy simpático, al decir de algunos periódicos, habló con los *reporters*. En tono muy compungido, explicó que la sopa se hacía con las sobras de la comida servida á los educandos, y «caldo» en abundancia; y añadió, que no se explicaba cómo había podido ocurrir aquella desdicha.

¡Lo que son las cosas y lo que es tener la vista fija siempre en el cielo con el mayor desprecio por las cosas terrenales! Aquellos hombres que se explican como si lo estuvieran viendo el misterio de la Encarnación, no se explican suceso tan natural como que revienten quien come la sopa de su convento. Probemos á traer un poco á la realidad á esos preclaros varones.

De lo que son las calderas es lo que no ha podido averiguarse todavía. El juez lleva el sumario con tanto secreto que aún no se sabe si hay alguien procesado ni si algún presunto culpable del envenenamiento de doscientas personas está encarcelado provisionalmente. El cocinero ha dicho que las calderas en que se hacía la sopa de los pobres son de hierro bañado en porcelana. Admitamos este único testimonio.

Es de suponer que las calderas estén de ordinario bastante limpias: el agua que con el nombre pomposo de «caldo» zampan encima de las sobras los buenos Padres, sirve, además de para deleitar á los *invitados*, para dejar los cacharros casi tan limpios como una patena. Pero los domingos acude á comer la sopa mucha menos gente que los otros días de la semana; lo que es muy explicable teniendo en cuenta que aprovechan la munificencia jesuítica muchas familias que viven de un corto jornal y que el domingo tienen con qué librarse de la sopa. Es, pues, de presumir que los domingos sobre sopa en las calderas.

¿Qué hacen en el convento con este sobrante? Esta es la cuestión. Sin duda dejarlo y volcar sobre él las sobras y el «caldo» del siguiente día. Un determinado condimento, una alteración atmosférica, bastan para que fermente y se descomponga. No cabe decir que si esto fuera así habría envenenados todos los lunes. En invierno, el frío impide la descomposición; en verano el calor excesivo la lleva á tal grado que el hedor haría imposible llevarse la sopa á la boca y será preciso arrojar lo que sobre cada día; pero cuando los calores comienzan y no son todavía muy rigurosos, el caso que se ha dado ahora

es muy natural. Natural en un convento de frailes y tratándose de pobres, se entiende.

Unas 500 pesetas diarias ha dicho algún periódico que reciben los jesuitas de Chamartín en donativos particulares con destino á la sopa de los pobres. Quizás no sea tanto, quizás sea más; pero sea la cantidad que sea, el hecho es que reciben dinero para esa obra de caridad. El Padre simpático que habló con los periodistas, les dijo que la sopa se hacía con lo que sobraba de la comida de los educandos.

Pongan ustedes toda la buena voluntad que quieran en el examen de este problema; por necesidad llegarán á la conclusión de que los jesuitas se guardan dinero que no es suyo. Hay una cantidad que reciben para un fin determinado y que no parece por ninguna parte. Sería tonto oponer que se aumentaba la comida de los educandos á fin de que sobrara para los pobres. La escasez y la heterogeneidad de lo que llega á éstos manifiesta bien claramente que se trata de sobras, de verdaderas sobras. De modo que los piadosos Padres de Chamartín no sólo no favorecen á los pobres, sino que les quitan lo que es de ellos.

Ya vamos dando en por qué se dice que la verdadera religión trata igual al pobre que al rico.

Cuando unos trabajadores llevaron á las barriadas la noticia de que en los campos cercanos dos centenares de personas se retorcian en horribles convulsiones envenenadas por la sopa de los frailes, las autoridades organizaron el salvamento. Primero, el salvamento de los jesuitas, cuyo convento quedó en seguida custodiado por la Guardia civil; luego el de las víctimas. Carro que pasaba por Chamartín era obligado á marchar al campo para recoger los intoxicados que iban descubriendo la Cruz Roja y los vecinos entre los sembrados y malezas. A las dos de la madrugada duraba aún el trágico llegar de carros de transporte cargados de carne enferma y miserable. Imagínese el suplicio de un enfermo de gravedad, acometido de vértigos, convulsiones y calambres, sometido al vaivén de un vehículo así, agobiado por el hacinamiento.

Pues bien; durante toda la tarde, como de costumbre, estuvieron llegando á Chamartín señores empujados en sus automóviles veloces y cómodos. Ni un automóvil, de los muchos ociosos que aguardaban ante el convento la salida del señor, cooperó en la tarea de recoger enfermos con los destartados carros de transporte. Seguramente tres automóviles hubiesen bastado para hacer la recogida antes y mejor. ¡Quién sabe si la mujer que murió se hubiese

salvado de ser trasladada menos brutalmente y de ser asistida con más tiempo!

Menos mal que los jesuitas, informados del daño que habían hecho, enviaron 30 duros para remediarlo. Dar 30 duros es todo lo que los jesuitas han podido hacer en beneficio de 200 desgraciados; porque hay que advertir que mientras en casuchas miserables en que apenas cabían los moradores, hubo puesto para un enfermo, no cupo ninguno en el hermoso edificio de Chamartín de la Rosa.

¡Treinta durazos! De las 500 pesetas que reciben para socorrer a los pobres, aún les quedaron limpias el lunes 350. ¡Qué diablo! Aun envenenando todos los días, la caridad es negocio.

Me dicen á última hora, que hace unos años vendían los jesuitas de Chamartín á los criadores de cerdos las sobras de la comida. Cayeron sin duda en la cuenta de que podía producirles más dándoselas á los pobres, pues así tendrían un nuevo pretexto para vaciar la bolsa de sus partidarios, y como tienen tan buen corazón, pusieron en práctica tan caritativa idea.

¡Siempre buenos, desinteresados y fufisables!

Y una pregunta al juez:

¿Han llegado ya al Laboratorio ó al Instituto de toxicología las calderas y las muestras de la bazofia recogidas por el Juzgado en el convento de Chamartín? Porque al terminar la semana en cuyo lunes había ocurrido el suceso no habían llegado todavía. Y sería una lástima que se perdiesen ó que al cabo de un mes llegasen esas cosas tan cambiadas, que las calderas fuesen de porcelana de Sevres y la sopa alimento exquisito.

¡El tiempo hace variar tanto todo!...

LA LÁMIMA

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA

Suplicó un lobo á una cigüeña que le sacase un hueso que se le había atravesado en la garganta. La cigüeña extrajo el hueso con su pico y reclamó una recompensa. «Bastante recompensada estás,—repuso el lobo, con que no me haya tragado tu cabeza.»

Parece que Turquía y las demás naciones amigas de Alemania tendrán que contentarse con muy poca gratitud á cambio del apoyo que la han dado.

El motín de la Cárcel

JUSTIFICACIÓN

No hemos vuelto á escribir nada del tumulto de los presos de la Cárcel de

Madrid; pero no porque dejáramos de tener cosas que contar, sino porque los torpedeamientos de los alemanes, el mitin del decoro español, las canalladas perpetradas para evitar, en vano, que se celebrara, la Asamblea Republicana y otras muchas actualidades, nos impidieron volver sobre lo que debe ser actual hasta que se implante la reforma penitenciaria, se acabe de dignificar el Cuerpo de Penales y se sanee y adecente esa Cárcel.

El Siglo Futuro salió á la defensa del ex director Sr. Murcia, al que con miramiento y bondad hubimos de combatir. La rectificación más importante que de lo sostenido por nosotros hace *El Siglo Futuro*, es la siguiente: «El niño aquel que mató á su hermanita entró con fiebre en la Cárcel, y sin pasar una noche encerrado en celda común pasó á la enfermería.» Sentimos no poder admitir esa negativa, antes sostenemos con testigos (Torrallba Becci y Vidal y Planas), que el niño pasó la noche sólo, á oscuras, en una celda común, de la que salió con fiebre altísima y en plena floración de la viruela.

Por encima del Reglamento, si éste impediera, que no lo impide, que á un niño de diez ó de once años se le excluya del encerramiento celular, se debió preservar á aquel desgraciado de tamaño castigo.

Y vamos, después de esa ratificación obligada y de hacer constar que oficialmente se disculpó el mal estado de la Cárcel y la falta de ropas, vestidos, etcétera, etc., con las Diputaciones Provinciales (la de Madrid paga, las demás se han callado), á probar que los presos, al dar tapadera, al meter un ruido infernal golpeando las puertas con la tapa de los inmundos zambullos, apelaron al único medio de llamar la atención de los distraídos, de los indiferentes y de los que únicamente así cumplen con su deber.

Se había apelado á todos los medios para que el pan fuera comestible, el rancho una bazofia adecuada para los cerdos, las celdas algo mejor que cochiqueras, los jergones, jergones y no montón de insectos, las mantas otra cosa que pinchajos sucios, y en vez de una hora de paseo, dos, y un régimen más humano y racional que el horrible, inquisitorial, criminal é infame del silencio. Todo esto lo sabían el Gobierno, el director general de Prisiones, los estafermos que componen la Junta, séres impasibles, muy por encima del bien y del mal, y el ministerio público. Lo sabían, tenían el deber de saberlo, porque el Sr. Lastres, en una interpelación que explicó en el Senado y reprodujo y aplaudió *El País*, habló de los defectos carcelarios de la horrible agonía y muerte del niño fraticida y del abuso de las quincenas. El señor Castrovido aludió varias veces, al discutirse en el Congreso el presupuesto de Gracia y Justicia, aludió á la Cárcel Modelo; además de hablar particularmente, cerrado el Parlamento, sobre lo que le habían dicho los periodistas presos á altas autoridades de Gracia y Justicia. Torralba Becci habló en *El Socialista* de lo que había visto en la Cárcel. En *La Linterna* y en *El Liberal* escribió sobre defectos y abusos Vidal y Planas; Besteiro, al salir en Marzo de la Cárcel, en *El Socialista*, y creemos que también en el *A B C* denunció las deficiencias en el pan, en el rancho, en la higiene y limpieza de las celdas, en las ropas y en el

Reglamento. ¡Como si nadie hubiese hablado, escrito, denunciado, avisado!

Los presos, cansados de no ser oídos, robados por los que en vez de comida les daban garbanzos podridos en un mar de agua sucia, y robados y envenenados por los que les suministraban un pan indigestible, dieron dos días tapadera. Los que no habían mirado su desnudez, ni observado la insalubridad y abandono de las celdas, ni catado el pan y el rancho, quisieron castigar aquella justa protesta, apelando á las armas de los soldados é imponiendo feroces castigos á los sometidos, palizas, encerramiento en celdas de castigo, encadenamiento en «blanca» lo usual, lo acostumbrado, lo que se practica con aplauso ó tácito encubrimiento de obispos, hermanas de la Caridad, curas, prensa católica y honorables magistrados.

Por fortuna, el ministro de Gracia y Justicia impidió que un crimen (el del abandono del deber) se agravara con otro crimen, el castigo de los que, cansados de protestar legalmente, sin ser oídos, apelaban á la ruidosa «tapadera». Y nombró al ilustre D. Rafael Salillas, y á su sola presencia se calmaron los amotinados.

El director de Penales envió muestras del pan que se echaba á los presos, al Laboratorio Municipal, y el informe del doctor Chicote ha justificado el motín de tal modo, que ha sido multado el contratista y llevado al Juzgado para que lo procese si ve delito.

Más hay que hacer: hay que disolver la Junta de Prisiones y hay que procesar á un juez porque Junta y Juzgado estaban enterados directamente de lo que pasaba, y se ha demostrado, hasta químicamente, ser cierto.

El director general de Seguridad estuvo á fines de Marzo á Mauro Bajatierra, á Fernández, á un polaco y á Francisco Jordán, de los cuales hemos hablado muchas veces censurando su detención y pidiendo su libertad.

Francisco Jordán es un sindicalista catalán, se enteró de lo que ocurría en la Cárcel y protestó.

El vocal de la Junta de Prisiones, señor marqués de Cubas, le interrogó:

—¿Qué tiene usted que decir contra los empleados?

A esta pregunta del vocal respondió el detenido:

—No tengo quejas de los empleados, que debieran tener casa como la tienen los de la Cárcel de Barcelona; tengo queja de usted.

—¿De mí?—dijo asombrado el marqués de Cubas.

—De usted y de toda la Junta—respondió categóricamente Jordán—, porque tienen ustedes á los presos desnudos, y las celdas sucias y muchas sin cristales, las mantas de escurridizas, por grasosas, las llaman aquí toboganes, en las celdas coge el que entra limpio «miseria», cuando no sarna ó tuberculosis. El rancho es una porquería y el pan no se puede comer.

El vocal, marqués de Cubas, habló al señor Lastres, y el señor Lastres visitó á Jordán, quien le repitió cuanto al otro había dicho.

—Póngalo usted por escrito y dirijase en forma al Juzgado correspondiente—aconsejó el Sr. Lastres al Sr. Jordán.

—No deseo otra cosa—dijo el detenido catalán, y ni corto ni perezoso redactó el escrito con la denuncia circunstanciada



La explicación en la página 4
Ayuntamiento de Madrid

del mal rancho, el pésimo pan, las mantas sucias ó rotas, la escasez de ropa, la suciedad de muchas celdas, el escaso paseo, etc., etc., todo lo que promovió el tumulto.

El escrito pasó al Juzgado de Palacio, y el Juzgado compareció en la Cárcel, y ante él se ratificó Francisco Jordán en cuanto había denunciado.

Si el Juzgado y la Junta de Prisiones hubieran cumplido con sus respectivos deberes, los presos no se hubieran visto precisados á dar tapadera á los faltos de conciencia, á los que no oyen, ni ven, ni entienden de otro modo.

Desgraciado país este donde no se alcanza nunca justicia si no se pide á gritos, desoída, violentamente, ya dando tapadera, ya formando Juntas de Defensa, ya apelando al motin, y si se puede á la revolución.

Todos los individuos citados por *El País* en el anterior artículo, son perfectos católicos apostólicos romanos, destacándose entre todos por su acendrada religiosidad el Sr. Murcia, bajo cuyo mando han ocurrido los horrores que se describen.

Sírvales esto de relativa disculpa, puesto que el ser clerical obliga en la práctica á manifestarse en toda ocasión insensible al infortunio ajeno, á faltar á la ley, y á escarnecer la justicia.

Esto no quiere decir que yo no viese con gusto que ingresaban de internos en la Cárcel todos los culpables de las infamias citadas, como me alegro de que exterminen á las víboras, los lobos y los tigres, á pesar de que, como el clerical, tienen también la disculpa de obedecer á la ley de su naturaleza.

Injusticia notoria

«Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Ha llegado el momento oportuno para que usted, abnegado defensor de la Razón y la Justicia, demuestre, una vez más, su antiguo y sincero amor por la defensa de todas las causas justas.

El tenebroso poder del caciquismo político, que tan funestas consecuencias produjo para la noble España en nuestros perdidos territorios de Ultramar, continúa ejerciendo aquí su odiosa y demoleadora obra de destrucción del sagrado templo de la conciencia pública, donde se rinde culto al sublime Amor de la Madre Patria.

Para estos vampiros políticos no hay nada respetable; nada que se oponga á su arrolladora avalancha de desenfrenadas concupiscencias; nada que les impida satisfacer su inaplazable sed de oro. Los enormes daños para la propiedad de los pobres ciudadanos que no contamos con ningún apoyo oficial; el atentado contra la higiene, ornato y salud públicas; la destrucción del más hermoso balneario de esta isla; las leyes protectoras de nuestros derechos á respirar aire puro; todas las comodidades de estos pacíficos vecinos son, despiadadamente, atropelladas por los poderosos caciques que componen la sociedad del secadero de pescado titulada *Las Pesquerías Cana-*

rias, á la sombra de su maléfico poder caciquil.

El Ayuntamiento—instrumento sumiso á las órdenes de los afortunados señores que componen esta empresa—, desoyendo las justas quejas de los vecinos y propietarios de este barrio del Puerto de la Luz, y las protestas de las sociedades *La Unión Democrática* y *Primero de Mayo*, acaba de fijar un edicto cerca del sitio elegido por los caciques de *Las Pesquerías Canarias* para que, en cumplimiento de las Ordenanzas municipales (que ya sabemos cómo se cumplen, desgraciadamente), acudan los perjudicados á exponer lo que tengan por conveniente (que será perder inútilmente el tiempo) en contra de la autorización que solicita la mencionada hedionda sociedad del secadero de pescado.

La perniciosa política que padecemos ha olvidado, en su ciego y avasallador empuje de soberbio poderio, que la zona que se pretende invadir se halla fuera de su radio de acción: pertenece á la jurisdicción de los Departamentos de Marina, Militar y Fomento.

Señor Nakens: si usted, con su reconocido prestigio de hombre honrado, no obtiene de esas altas autoridades el cumplimiento de las leyes que amparan nuestros indiscutibles derechos á vivir alejados de pestilentes basureros, será consumada la inicua obra que los endiosados caciques de *Las Pesquerías Canarias* pretenden realizar con evidente perjuicio para nuestras propiedades y para la pureza de la atmósfera que respiramos; daños que pueden traer fatales consecuencias de índole sangrienta, si los llamados á hacer justicia nos dejan á merced de los más fuertes para que seamos víctimas de su desmedida codicia.

Si usted logra, en esa corte, que nuestras justas quejas no caigan en el vacío (porque acudir á estas autoridades es perder lastimosamente el tiempo), harás acreedor á la eterna gratitud de un pueblo convertido en un inundo estercolero.

VICENTE PADRÓN

Las Palmas 17 Mayo 1917.

Amigo Padrón: Se ha equivocado usted al creer que puedo yo influir en que ni el derecho ni la justicia sean atropellados en el asunto á que su carta se refiere; por tanto, interese usted en él á político de más influencia y más valía.

Lo único que puedo ofrecerle, y de buena voluntad, por ser justa la causa que usted defiende, son la columna de *El Motin* para insertar cuantos trabajos me envíe, á fin de que las quejas y las reclamaciones de ese pueblo tengan algún eco en la Península.

Sintiendo no poder ofrecerle más, quedo aguardando sus escritos y tiendo afectuosamente la mano al hombre digno, justo y enérgico que vi siempre en usted.

Usual y corriente

Lo es este suceso que recojo de los periódicos de la Habana llegados por el último correo, aun cuando sean po-

cos, relativamente, los de esta clase que alcanzan los honores de la publicidad.

Un muchacho de once años, hijo de una modesta familia de españoles, ingresó en el colegio de los Reverendos Padres Escolapios de la calle San Rafael.

A las dos semanas llegó á su casa á pasar el domingo en compañía de sus padres, que lo encontraron un poco triston y abobado. No le dieron importancia, á pesar de que les suplicaba que no le mandaran más á aquel colegio, achacándolo todo á la natural repugnancia que los niños sienten por el internado en los colegios religiosos, y le hicieron regresar.

Pocas noches después se presentó en casa de los padres un mandadero del colegio diciéndoles de parte del Rector que su hijo estaba enfermo de algún cuidado. ¡Y cuál no sería la sorpresa de ellos, al hallar al pobre niño más muerto que vivo, convertido en un guñapo humano y contaminado de horrible enfermedad!

Allí mismo y al instante llamaron al doctor Malverty, que sorprendido de lo que veía y no atreviéndose á diagnosticar la enfermedad, pidió junta de médicos, en la que todos fueron del mismo parecer; el niño había sido salvajemente enebado, y contaminado de gonorrea. He dicho que todos los médicos abundaron en el mismo parecer y no es cierto. Hubo uno que disintió: el del Consulado Español, clerical recalitrante.

Tan pronto fué del dominio público y la Prensa tomó cartas en el asunto, se armó el gran escándalo, y la multitud se agolpó á las puertas del colegio con ánimo de asaltarlo. Desgraciadamente no logró su intento, pues fué disuelta por la policía.

Al ver el cariz que tomaban los sucesos, desparramóse el jesuitismo de sotana y el de levita por la ciudad, empleando todos los medios y recursos imaginables para cubrir la asquerosidad con el manto del silencio, y de no ser posible, á desvirtuar los hechos de tal manera, que el verdadero culpable resultara el niño.

Pero era ya tarde para que sus tramas prevaleciesen, pues la Prensa, á excepción del *Diario de la Marina*, dando pruebas de un gran civismo, logró echar por tierra todas las maquinaciones jesuíticas, y el P. Rogelio Font fué detenido y procesado con exclusión de fianza.

Y nada más por hoy.

En el próximo número ampliaré los detalles y reproduciré una caricatura de las que ha dedicado al hecho la *Política Cómica* de la Habana y que produjo un efecto enorme.

CIEN SONETOS.

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta

No hay exageración

A DON JOSÉ NAKENS

Parte de la Prensa ha dedicado artículos y más artículos á propósito del plante tumultuoso producido en la corte de los reyes por los presos de la Cárcel Modelo. Se han exhumado hechos, anomalías, defectos y crímenes que yacían enterrados en el olvido. Se ha probado que en España los presos pasan hambre, frío, mueren abandonados, reciben golpes y padecen mucho por lo general. No es preciso haber leído *Mis prisiones* de Silvio Pellico, ni *Las prisiones* de Krópotkine, para saber que los establecimientos penitenciarios son tumbas donde se ahogan los gemidos de los que no acertaron á vivir siempre dentro de la ley. Todo el mundo lo sabe, lo callan los más, lo dicen muy pocos. Usted, que ha pasado algunos años en la cárcel y que ha escrito bastante acerca de la vida carcelaria, habrí lamentado alguna vez ese silencio de los que pudiendo hablar cedieron su boca en pago al favor recibido ó á las benévolas atenciones que obtuvieran cuando presos.

Los periódicos reaccionarios procuran, naturalmente, quitar importancia á los crímenes que en nuestras cárceles se cometen con los desgraciados en ellas recluidos y se niegan á dar hospitalidad en sus columnas á la protesta de las víctimas. La complicidad de la prensa reaccionaria, bien lo sabe usted, suele en no pocas ocasiones alcanzar también á la que blasona de democrática. ¡Buena Prensa tenemos en España!

Se dice que las quijadas de los presos son infundadas, que los reclusos reciben excelente trato, que las cárceles son limpias, que los directores de las prisiones son afables y atentos en su conversación, que muchos desgraciados se encuentran en la cárcel mejor que en la calle. Si, se dice eso y aun se encomian nuestros sistemas penales. Como se niega también que en los presidios se mata á los hombres á palos y vergajazos siendo ello cierto. Cuanto de atroz se escriba en los libros sobre esta espionosa cuestión; cuantas campañas se hagan en pro de la situación de los penados será poco: la realidad superará á los horrores que describamos los que hemos pasado por la cárcel. Se escribe lo que se ve. ¿Y lo que no se ve y queda oculto en las sombras para siempre? Yo he visto en la cárcel un cepo de hierro que servía para sujetar por los pies á los reclusos é impedir que éstos pudieran defenderse al recibir fenomenales palizas; he visto celdas de castigo, húmedas, y oscuras á tal punto, que quienes en ellas permanecían algunos meses salían casi ciegos y reumáticos imposibilitados. He visto golpear bárbaramente á muchos reclusos con unas gomas especiales de unos tres centímetros de diámetro por treinta de largo, en uno de cuyos extremos había una bola de plomo. Cada golpe con este instrumento producía, si no tórpidas, verdugones y franjas amoratadas á lo largo del cuerpo que arrancaban alaridos espantosos á los golpeados. Estos alaridos, los he oído muchas veces estando en la cárcel y he sentido exaltarse mis nervios hasta el paroxismo. ¿Cómo no ha de haber semejantes atropellos si la Prensa calla cuando se denuncian y los jueces archivan los expedientes incoados sin substanciarlos?

¿Cómo no se han de cometer semejantes brutalidades si muchos empleados van completamente borrachos á prestar servicio? ¿Así se corrigen, así se moderan las aberraciones morales y patológicas de los llamados delincuentes? ¿Esos procedimientos determina acaso el Código Penal que castiga los «rigores innecesarios» de los carceleros? ¡Bárbaras costumbres represivas é inquisitoriales!

Y esto no es todo. He visto ingresar en la cárcel, fuertemente esposados, como seres terribles y peligrosos, á niños de once y doce años y he oído los lamentos de alguno de ellos viéndose incomunicado en infecta celda de castigo. ¿Dónde está la bondad de nuestro sistema penal? ¿Dónde el benéfico influjo y la caridad sin límites de las tituladas *Juntas de Protección á la Infancia*? La obra pía de Concepción Arenal rara vez influye en las instituciones españolas de esa índole, cuya misión no es otra al parecer sino la de hacer que de vez en cuando figuren en la Prensa los nombres de ciertas damas y señores deseosos de recibir inmerecidas alabanzas. Así andan nuestras cosas.

Mi paso por la cárcel me ha servido para enterarme de las mil miserias que pasan los presos y ver que los delincuentes políticos suelen ser destinados de ordinario á celdas de delito común. En cierta ocasión ingresó en la cárcel un muchacho joven, propagandista de ideas revolucionarias, por el enorme delito de decir en un mitin que en el ejército se distinguía á los soldados ricos de los pobres por el trato que recibían. Se le alojó con los presos comunes. A los pocos días adquirió una erupción contagiosa. ¿Qué se hizo para curar su enfermedad? Pues... encerrarle en una celda de castigo húmeda y mal oliente, donde estuvo cerca de un mes hasta que el juez se dignó decretar su libertad. Aquel muchacho, cuyo nombre es Julio Cano (uno de los escasísimos amigos que me quedan en este mundo) era el más bueno de cuantos estábamos en la cárcel. No pasó por la enfermería durante su enfermedad porque las enfermerías de ciertas cárceles son únicamente para los moribundos ó para los que saben agradar á las hermanas de la caridad.

Tales hechos y otros muchos que quedarán en el silencio prueban hasta la saciedad lo infame del trato carcelario en España. No hay exageración en lo que se escribe contra tan infame sistema. Cuanto se diga es todavía poco. ¿Por qué callarán estas cosas muchos consagrados en literatura que han pasado por la cárcel? ¿Y por qué ciertos periodistas de nombre y políticos de las izquierdas no nos hablan de estas cuestiones que tienen gran importancia para los criminólogos?

Repito que no habría exageración si se trajeran á las columnas de la Prensa los más espantosos crímenes que se cometen en nuestras prisiones. He padecido mucho moralmente viendo padecer á otros materialmente en la cárcel, y conozco á fondo la nefasta influencia de los procedimientos corruptivos que en ellas se usan.

VOLNEY CONDE-PELAYO

Una fiesta memorable

Lo fué sin duda la del domingo 20 del mes último celebrada en Molins de Rey,

población hermosa, fecunda, que baña el Llobregat.

A ella fuimos, invitados por el queridísimo amigo Font, acompañados del no menos amigo, ni menos querido P. Vilalta Gras.

Se trataba de hacer conocimiento con un puñado de obreros que practican los deberes que la Naturaleza escribió en su corazón, cultivados por el estudio, obreros que han tenido la fortuna de encontrar un hombre recto, honrado, luchador infatigable. Nosotros nos descubrimos ante el amigo Font, y entregamos su nombre á la admiración pública después de conocer someramente las luchas transcurridas, la tenacidad empleada, los padeceres ofendidos al Ideal que debe redimirnos.

Se trataba además de festejar el éxito editorial alcanzado en la publicación de un puñado de poesías que este pigmeo ha escrito para cantar en tonos rudos, ásperos, pero llenos de sinceridad, las bellezas del porvenir, los dolores humanos que se forjan en la fragua malvada del privilegio. Éxito editorial que se debe principalmente al empeño de los amigos citados, y que va á dejar agotada la edición de *Flores é Irreverencias* dentro de poco tiempo.

Con el Sr. Vilalta hemos salido de Barcelona en el tren de las 7'23, á pesar de las amenazas de lluvia que unos nubarrones, caminando por el cielo malhumorados, nos hacían.

Hemos llegado á Molins de Rey, y en su estación nos estaban esperando Font y Piguillens.

Después de los saludos correspondientes fuimos á visitar la familia del segundo, y después á almorzar en casa del primero, donde encontramos las amables madre y hermana del amigo Font, quienes nos obsequiaron hartamente espléndidamente.

A continuación hemos visitado la Federación local de Obreros, donde hemos presenciado un caso admirable, el caso merecedor de grandes elogios, de un puñado de obreros trabajando gratuitamente en la construcción de un edificio que debe ser su cobijo, pues el hermoso y amplio local que actualmente poseen, levantado piedra sobre piedra por ellos, es incapaz ya, y van á utilizarlo para salón de actos, con el propósito de construir en un trozo de terreno adquirido á la otra parte del fondo, el escenario conveniente para sus futuras fiestas culturales.

Es un caso hermoso de entusiasmo colectivo. Allí van los albañiles á levantar pared, á transportar materiales con sus carros los que los tienen, á construir puertas los carpinteros, etc., etc.

Y allí, en el solar antiguo, se reúne la Federación bajo la presidencia del compañero Bordas; y van á discutir y á trazar planes para la lucha sempiterna, los agricultores, bajo la presidencia del amigo Muné; los del arte Fabril bajo la de Juliá; los de la Sección Varía, de Maymó, y los albañiles de D. Jaime Miró.

Tienen unos Estatutos que deberían ser el evangelio de las sociedades obreras, por la perspicacia, por el talento, por la previsión que dictaron sus capítulos.

Merecen bien de los buenos los obreros de Molins de Rey quienes, tras cotizar una cuota insignificante, han probado ya los frutos del árbol prolífico de la tenacidad, y han sabido agradecer el esfuerzo maravilloso de un hombre entre,

gado por entero á la santa causa de la liberación humana.

Conviene hacer resaltar un hecho: el de que una parte del terreno hoy propiedad de los obreros, fué solicitado para levantar un edificio clerical, destinado á guardar las criaturas de las obreras de fábrica, durante las horas de trabajo, para amamentarlas en los ratos reglamentarios de descanso.

Nosotros, maravillados, hemos hecho una frase, hemos dicho: Eso debe propagarse para que lo vean, y viéndolo, padezcan los directores de multitudes que no han sabido orientar, como Font lo ha hecho, las energías colectivas, ni han sabido poner en su actuación las virtudes del ejemplo que vale por millares de discursos.

Hemos ido después á pasear, á contemplar la espléndida Naturaleza, verde y olorosa, llorando el gozo de la lluvia reciente; á saludar el Llobregat que venia crecido y turbio, mientras ha llegado nuestro estimado amigo, y correligionario de Villafranca del Panadés, J. Ferrer y Cabra, que ha venido á sumarse á la fiesta fraternal.

Un carro ha traído al pintoresco sitio conocido por «Moli del Argemi», la comida y los utensilios convenientes. Y allí, entre aquellos álamos gigantescos bebiendo en el Llobregat cancionero, rotándonos el cielo y el sol, entre ruiseñores infatigables se ha condimentado la comida inmejorable, que ha transcurrido entre chascarrillos y bromas, encima la hierba y encima una muela que trituró trigo cuando el molino, callado hoy, lo era de verdad.

Y se han leído versos, y se han impresionado clichés por un artista en el arte fotográfico, cuyo nombre vamos á revelar para que se ofenda, desafiando próximas y seguras reconvenciones: P. Vilalta.

Una fiesta agradabilísima, que recordaremos perdurablemente cuantos en ella tuvimos el placer de asistir. Una fiesta de rebeldes y unas horas de dicha que les abonamos en cuenta á nuestros estimados amigos de Molins de Rey.

J. COSTA Y POMÉS

Barcelona, 25 de Mayo de 1917.

El perdón

De la triste alcoba
todos se salieron,

y en coloquio quedaron tan solo
hablando muy que lo
el enfermo de faz moribunda
y el piadoso clérigo.

--Acúsame, padre, que allá cuando mozo
traidor maté á un hombre. Despué, fui

[ca]ero

de una casa de Banca importante
de Río Janeiro,
y una noche, quitando la vida
á un pobre portero,
me llevé de la caja los fondos,
doscientos mil pesos.
Volví á España, y aquí, con cautela
y nombre supuesto
dediqué el capital á la usura
y lo fui acreciendo,
pues prestaba con gran garantía
al treinta por ciento.
Hoy poseo unos ocho millones
y al ver que me muero,
me atormentan de un modo horroroso
los remordimientos.

—Hijo mío, no llores; confía;
el Dios de los Cielos
de las almas que ve arrepentidas
perdona los yerros.
Si tus bienes tan mal adquiridos
los legares en tu testamento
á la Iglesia, que es madre de todos,
no irías al Infierno.
—¡Padre mío, que venga el notario,
que venga al momento;
yo mis bienes le dejo á la Iglesia...
yo quiero ir al cielo!...

Murió al otro día
de indulgencias lleno
y en el terreno que ocupó su casa,
se construyó un templo...

¿Y qué fué del cura,
postrer consejero
de aquel gran bandido
convicto y confeso?
Pues hoy se pasea
tan orondo y fresco,
y tiene automóvil
y tira el dinero,
y en su casa sostiene con lujo
y confort espléndido
dos sobrinas rollizas y frescas
que tutean al cuervo.

HOMERO CASTELLS

CARIDAD CRISTIANA...

El viernes último á las cinco de la tarde ocurrió en el Puerto de la Luz, que una pobre niña huérfana, de edad de catorce años, que se vió en la necesidad de recurrir á la persona encargada del reparto de bonos para la cocina económica establecida recientemente por la casa de Woomann en el mismo barrio, fué maltratada por aquella persona, que viene á ser nada menos que el sacerdote D. José Espino Moreno. La niña recibió una tremenda bofetada del sacerdote, que le hizo caer al suelo, sufriendo un fuerte golpe en la cara al dar con la cabeza en tierra.

El acto causó, como es natural, la indignación de cuantos lo presenciaron y de cuantos más tarde tuvieron conocimiento de él. Un tío de la niña—pues ésta, como hemos dicho, no tiene padres—enfureció al tener conocimiento de la agresión, trató de penetrar en la iglesia para vengar la ofensa; pero en la misma puerta de la iglesia fué contenido por varias personas que á tiempo se percataron de la intención que le guiaba.

Cuando en todo el vecindario cundió la noticia del infame atropello y se anatematizaba la conducta de uno de los que se hacen llamar discípulos de Cristo, dijose del referido padre de almas, que no era el primer caso en que éste hacía ostensible su soberbia y, que si no tan graves como éste, se conocen hechos análogos en que la Ira ha podido más que la Templanza.

Y en afirmación de su censurable conducta, se alega que el Sr. Espino para entregar los bonos que dan derecho las raciones que se reparten en la cocina de la casa alemana, exige el requisito de que los necesitados de pan vayan á misa con frecuencia y que además pertenezcan al Sindicato Católico establecido en aquel barrio.

Con tales precedentes no es extraño que ese padre demuestre las virtudes cristianas así, tan cariñosamente.

Ni siquiera entiende la máxima: «No sólo de pan vivirá el hombre, etc.»

Cristo entendió que el pan era lo primero, pero este su discípulo entiende que primero es pertenecer á determinado sindicato, que es como la caridad produce sus efectos.

El Tribuno

Las Palmas de Gran Canaria.

Ultima hora

Me enteró al acabar el ajuste de este número, de que Venancio Sarria, el renombrado periodista y director de *Ideal de Aragón*, ha sido detenido y procesado, quedando en libertad bajo fianza de mil pesetas, por suponersele complicado en la valiente y patriótica protesta realizada por el pueblo zaragozano el día 20 del mes último. La policía acechaba su regreso de Madrid, á donde vino para asistir al mitin de las izquierdas y á la Asamblea Nacional.

No lo extraño. La razonada y viril campaña que viene sosteniendo en el periódico que dirige contra la germanofilia, ha concitado contra él las iras de todos los reaccionarios de Zaragoza, que indudablemente habrán apelado á todos los medios para ver si consiguen acallar esa voz poderosa que clama sin cesar por la honra y la dignidad de España.

Lo felicito por este percance, que no amenguará sus bríos, cualquiera que sea el resultado del proceso.

A los hombres de su temple no abaten ni domeñan las persecuciones, cuando defienden las únicas causas que los seducen: las justas.

Bibliografía

La Casa Editorial PROMETEO, de Valencia, ha puesto á la venta los tomos V y VI de las *Obras completas de Shakespeare* que tiene en publicación y que constará de doce volúmenes. Es un verdadero alarde lo económico del precio y el buen gusto que campea en estos libros, avalorados con hermosas portadas á todo color.

En esta edición, primera íntegra y fiel de la obra del gran trágico inglés, abundan curiosas notas que dan gran interés al texto original.

El sumario de estos dos últimos volúmenes es el siguiente:

Tomo V.—*Macbeth*.—*Troilo y Crésida*.—*El rey Enrique VIII*.

Tomo VI.—*El rey Lear*.—*Coriolano*.—*Como gustéis*.

Advertencia.—Debido al encarecimiento del papel y primeras materias, estos dos tomos han sufrido un aumento de precio del 20 por 100, siendo, pues, su coste neto 1'20 pesetas.

De venta en todas las librerías.
Los pedidos á la Casa Editorial PROMETEO, Germanías, 33, Valencia.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12,